

CUANDO LA BOLSA BAJA, HAY QUE PONERLE FAJA

Ya lo decía la vieja canción de cana: «La Bolsa es una mujer, y por eso el sol de España, está

que bebe los vientos, por si la Bolsa le engaña». Siempre ha sido así. La Bolsa resultó pendona en su vejez. Por ir sin faja. Se ha marchado. Se ha marchado llevándose hasta las matildes puestas. Es lo que ocurre: a la vejez, no sólo viruelas, sino que las carnes ganan en movedido desparame lo que pierden en churruscante consistencia. Tal la Bolsa, queridos pequeñuelos. Viviendo en un mundo de locas inversiones, ha

resistido heterosexual. Y se ha largado hundiéndose en el abismo, mientras el sol de España llora en Fuengirola como hombre aquello que no ha sabido defender como cocodrilo del Amazonas.

Había cosas que todo Madrid las sabía, todo Madrid menos él: aquellos iridiscentes brazaletes de platino que ella decía que se había encontrado en un autoservicio; aquellas salidas hasta las cinco de la mañana pretextando que se había ampliado el capital y que no podía más. Y —sobre todo— ese repentino prescindir de sostenes con el futil pretexto de que se mueven mejor los brazos. Cuando toda sujeción habría sido poca: tal la faja imprescindible para que las ajamonadas y vibrátiles cachas bursátiles no fueran tracatracas escandalizando por ahí las visiones.

¿Y el verano? Noche tras noche marbellí de alhelí, se ha pasado la tía en el puerto Banús, por la mañana con tanga y a la noche pantalón sedoso que restallaba bajo la opresión interior de la nalgada (¿Dónde queda el viejo derecho de nalgada que explicitó nuestro Rey Sabio en Las Partidas? ¿Dónde la pata quebrada y en casa el jamón que con ella se elabora ahumado?).

Pero, en la madrugada... En la madrugada —cuentan— se iba a la cubierta del yate de un archiduque barresiano, y mordía en la yugular a los jovencitos, preparándose luego sangrientos tanga nazos que paladeaba en la terraza de «Beni», envuelta su mollar figura desvaída en un capotón que el archiduque tenía usado como sudario en Verdun.

Si se le hubiera puesto en su momento una buena faja de ballenas, todo sería ahora de otro modo.

Pero ya no hay remedio, qué asquerosa. A estas horas estará

en Filipinas, eructando con aquellos eructos suyos tan característicos. Y tan eróticos. ■ RECOLLETOS.

LES SEPARABA UN GOYANES

ELLA era rubia, niña y trigueña. El era simplemente un Goyanes. Ella cantaba como un rayo de luz y él seguía siendo un Goyanes. De mayorcitos les casaron para que no siguieran jugando a papás y mamás debajo de las faldas de la mesa camilla. Ahora, ella era rubia, estaba en la segunda edad y pedía guerra. Los hijos no llegaban con su panecillo debajo del brazo, de modo que había que ir a por el pan a la panadería, lo cual era mucho gasto. Entonces decidieron separarse y comprar en distintas tahonas, hasta que ella se enamoró de un pobre que bailaba flamenco sin ser de la acera de enfrente, que ya tiene mérito, un pobre que tenía un restaurante pobre y un yate pobre. Pero un Goyanes les separaba. Y he aquí que entre tantas idas y venidas, del yate al restaurante, del restaurante al teatro, del teatro al yate, del yate al coro, del caño al yate, les nace un niño o una niña con el panecillo debajo del brazo (una fabiola concretamente) y, felices de no tener que hacer cola en la panadería, vuelven del yate al coro, del coro al caño, del teatro al restaurante y de la misa la media, porque no pisan. Y he aquí que el Goyanes que les

EPISTOLA ANTICENSORIA

YO amo a los censores. Ya se que en esto hay sus más y sus menos, sus dimes y diretes, pero yo digo que cuanto soy —y ahí están mis amigos que lo pueden decir— se lo debo a la censura de prensa. Se bien que su capacidad de juicio no está fundamentada en meditaciones demasiado profundas, y que su metafísica, hasta cierto punto, es levemente arcaica. Esto no importa. Han sido los censores de prensa, desde que empecé a escribir, quienes me han incitado al «proceso». Con más o menos conciencia de ello en cada caso, esos hombres fueron los que me impulsaron a establecer comparaciones fundamentales entre las palabras y a adiestrarme en el arte sutil de las enroscaduras sintácticas. Gracias a ellos puedo distinguir los sonidos más diversos a kilómetros y kilómetros de distancia. Puedo decir también que yo, acaso por mis deficiencias, o tal vez porque soy de provincias, comencé a hablar con verbos irregulares mucho antes de ir a la escuela. De haber seguido así jamás hubiera podido ser periodista en las circunstancias dadas. Ellos me enseñaron a regularizar no sólo los verbos, sino todo. La acumulada precisión y meticulosidad en el detalle, el desmenuzamiento deliberado y ligeramente estúpido de la estructura lógica del pensamiento, el descriptivismo de mis ideas personales logrando un paralelismo sincrónico, de carácter fonético y gráfico, con las ideas de los grandes editoriales, la metáfora aquilina, la sinécdoque barbilampiña, todas las figuras de dicción, en fin, esta gramática de la que disfruto y que admira a propios y a extraños, a los censores de prensa se la debo. Me hicieron platoniano y cartesiano, de izquierdas y de derechas, de Frascuelo y Lagartijo, del pasado y del futuro, de las aguas y de los cauces, de dentro del orden y de más dentro del orden todavía, de la sartén y del fuego, de la apertura y de la acupuntura, del mono evolucionado y del mono sin evolucionar. Mi lingüística es transformacional, es un fenómeno morfológico sin comparación posible en las lenguas romances, y aun en los romances sin lengua, como aquel que dice «Abenamar, Abenamar», o aquel otro que reza, «Fontefrida, fontefrida», o el de más allá que se lamenta «Ya me comen, ya me comen»... En fin: los censores de prensa han labrado mi estilo, han repujado mi prosodia, han sutilizado mis explicaciones. Bien es cierto que con ese estilo maravilloso no puedo decir lo que pienso. Pero como estilista no tengo precio. ■

LICANTROPO

